

REVOLUCIONARIOS LIBERALES

PERÍODO PROPENSO A LA MITIFICACIÓN Y DEL QUE AÚN SE DESCONOCEN ASPECTOS QUE HACEN NECESARIA LA RECUPERACIÓN DE FUENTES NOVEDOSAS, EL TRIENIO LIBERAL EJERCE HOY UN ESPECIAL ATRACTIVO

La Revolución liberal española de 1820-23 fue una experiencia que juntamente con la Segunda República suscita las mayores controversias de nuestra historia contemporánea. Extraordinaria fue la expectativa que causó en Europa, tal como se advierte en la publicística general de todos los países. En Londres se vivió casi con la misma expectativa que el levantamiento de los españoles contra Napoleón en 1808. Dio a una generación de idealistas la imagen de España como una nación ejemplar, con una fuerza natural no contaminada por Europa. También tuvo sus críticos, como Chateaubriand, que la consideró como “una parodia servil de la primera revolución francesa, representada en escenario madrileño y con trajes castellanos”. Un reproche que hizo recordar a Marx a “aquellas necias damas viejas que

sospechaban con fuerza que todas las muchachas enamoradas imitaban sus propios días mejores” (*New York Daily Tribune*, 23 marzo 1855). Como resultado de tal proceso mitificador, bien se explica que en la memoria del Trienio liberal haya permanecido el recuerdo, para unos, de una época dorada, mientras para otros ha quedado como un período de caos y de tiranía.

Así se comprende que en nuestros días (particularmente en plena efemérides del acontecimiento) la quimérica experiencia revolucionaria española ejerza un especial atractivo por su rabiosa actualidad. Hasta el punto de correr el riesgo de presentarse como una época “nueva” en la que aparece por primera vez la política con un sentido moderno: el enfrentamiento de los partidos, la lucha parlamentaria, el radicalismo, el populismo (con la mitificación de los desvalidos héroes populares), la imposición de la “justicia del pueblo”, el anticlericalismo

de la izquierda y hasta el federalismo (la “hidra del federalismo” en el lenguaje de la época), el anarquismo, el republicanismo e incluso el presentismo de la guerra civil. Especialmente si la homologación es acrítica y autocomplaciente en exceso. Por no hablar de la oposición frontal por primera vez en nuestra historia por parte de la clase política al Rey y a la Monarquía en un país de sentimiento monárquico mayoritario en el que aquellos “liberales” estaban lejos de representar a la nación en cuyo nombre actuaban.

De donde la conveniencia de recuperar fuentes desconocidas (sobre todo si son novedosas e introducen nuevas aportaciones)

EN PALABRAS DE CARLOS LE BRUN, “LOS HOMBRES QUE LA CASUALIDAD PUSO AL FRENTE NO ERAN LOS MÁS A PROPÓSITO PARA DIRIGIR UNA REVOLUCIÓN POR CONVULSIONES POPULARES”

nes) que nos amplíen el conocimiento de un período propenso a la mitificación pero que todavía desconocemos en muchos aspectos, como se deduce de la lectura de estos *Retratos políticos de la Revolución de España* de Carlos Le Brun, bajo cuyo nombre se escondió Félix Mejía (1776-1853). Un “exaltado” que en los momentos de mayor radicalismo fue el editor de uno de los periódicos más violentos y representativos del liberalismo jacobino a la española, *El Zurriago*. Autor del libro y a la vez actor también de los hechos que, desengañado de la experiencia revolucionaria española, lo publicó en Filadelfia en 1826 bajo una profunda decepción y con juicios severísimos sobre los protagonistas de la fallida experiencia, que fue incapaz de resolver las grandes cuestiones pendientes que provocó la propia revolución: la pacificación de América, el orden público, el arreglo de la Hacienda, la organización del ejército y la



MANUEL MORENO ALONSO, CATEDRÁTICO HISTORIA CONTEMPORÁNEA (UNIVERSIDAD SEVILLA).

mada, el impulso de la economía, la puesta en orden de la administración de justicia o la agitación política. Todo lo cual llevará al autor a denunciar con nombres y apellidos, a través de sus principales responsables, la realidad de la revolución: la insinceridad de los que mandan, la venalidad administrativa, la corrupción, los abusos, las injusticias, la ofensiva anticlerical... que bajo su dictado no hará sino incrementar el desorden y la confusión. Que “así caminaron siempre la revolución y la España por medio de un caos en que los ministros y las Cortes daban mil traspiés y no tenían ya tino poco ni mucho”. Su propósito confeso es el de presentar a los personajes “principales” de

la revolución de España desde el punto de vista de su actuación en ella, descubriendo “su naturaleza y su rumbo”.

BIOGRAFÍA COLECTIVA. Aspectos del mayor calado que se abordan desde el punto de vista de sus responsables en forma de una biografía colectiva de protagonistas con fuerte criticismo y no menor originalidad. Tal como se advierte en su visión de la misma obsesión constitucionalista de 1820, en la que, con una evidente perversión del lenguaje, una cosa era lo que se decía y otra lo que se hacía. Con lo que la aplicación de la “libertad” a la fuerza por parte de descerebrados del ejército y de la milicia nacional –que fueron los principales soportes del régimen e hicieron de garantes de las libertades en el ámbito local– terminó por aterrorizar a la población que en nombre de la Constitución cometía todo tipo de desmanes con gravísimo descrédito del propio liberalismo.

Perfectamente consciente de la importancia de la significación de las palabras y del nuevo lenguaje revolucionario, en los



JURAMENTO DE LAS TROPAS DE LA GUARNICIÓN DE MADRID A LA CONSTITUCIÓN, el 10 de marzo de 1820, ante Fernando VII y la familia real, en el balcón.

Retratos se hace mención más de ochocientas veces de la palabra *libertad* y, exactamente, noventa y dos veces del término *liberalismo*, del que dice su autor que “hemos procurado descender y analizar hasta sus últimos elementos”. Lo que le lleva a hablar por extenso de los que se dicen liberales “ad ignominiam del liberalismo”, empezando por quienes se meten a “negociantes de libertad”. Aunque reconozca en alguno de sus retratos que también hubo quien “no era pues liberal de *trágalas* y de *himnos*, era liberal de verdadera libertad”.

El autor se ensaña especialmente contra los que se llamaban liberales, pero “tienen zurrapas en su liberalismo”; como los que ejercen un liberalismo “de espionaje”, o practican un liberalismo de “bullangas y exaltaciones al descubierto”. A través del “disimulo hipócrita de liberalismo”, confiesa haberse marcado el objetivo de procurar “descender y analizar hasta sus últimos elementos”. En referencia a Evaristo San Miguel, principal ministro exaltado, habla de “él y su comparsa de liberales [que] formaban como una orden tercera del liberalismo que los hacía los hermanucos de la libertad”. Sin contemplaciones, de San

Miguel añadirá que “entró en el ministerio sin más ni menos que su nulidad conocida y su petulancia literaria, que no era menos pública. Así salió ello”.

“LA MASA DEL PUEBLO”. En las biografías individualizadas de Le Brun se resalta el papel y concepto de *masa* como factor revolucionario o contrarrevolucionario de los acontecimientos, que lleva al autor a hablar de “masa indigesta”, “la masa de la libertad nacional”, “que hemos dicho de los españoles que están amasados”, “enorme masa de fuerza”, “una masa a prueba de maldad”, “amasado desde la cuna”, “fusilado en masa”, “una masa preponderante”, “alma amasada”, “conspirar en masa”, “la masa del pueblo”, “masa inmensa e irresistible”, “una nación amasada”, “una gran masa de fuerza”, “la gran masa”, “totalidad de su masa”, “una masa enorme de fuerza y libertad” o “la masa de todos los americanos”...

Por todo ello los *Retratos* de Félix Mejía, alias Carlos Le Brun, poco conocidos y mucho menos utilizados por los historiadores del Trienio, constituyen una fuente fundamental para su mejor entendimiento. Más

allá de una galería de biografías de personajes, es también una interpretación original sobre el significado de la *revolución española* por uno de sus principales actores y espectadores mejor informado. En mi opinión es, junto con las *Cartas a lord Holland sobre el segundo período constitucional* de Quintana, una de las reflexiones de primera mano más lograda sobre este período histórico tan controvertido. Brillantemente escrito, muy agudo en sus observaciones y con un sentido crítico excepcional, el autor admite que si “las circunstancias” fueron las que la hicieron posible, “los hombres que la casualidad puso al frente no eran los más a propósito para dirigir una revolución por convulsiones populares”. ■

SORTEO Los lectores interesados pueden participar en el sorteo de un ejemplar de *Retratos políticos de la revolución de España*, de Carlos Le Brun (edición de Manuel Moreno Alonso, Sevilla, Renacimiento, 2021), enviando sus datos a la dirección postal de la revista o a redaccion@artduomo.es antes del 20 de febrero. El ganador se dará a conocer en marzo.

